

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 11

Montevideo, Junio 10 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

« SUEÑO DE ORIENTE »

He aquí que la tarde — una fría y tristísima tarde de otoño — agoniza en un crepúsculo gris y monótono como un infinito bostezo de ansiedad. He aquí que el cielo, cada vez más plumizo, parece desplomarse como una inmensa lámina de zinc combada, mientras que las nubes bogan cerca del suelo, á la manera de níveos vellones de algodón arrastrados por lánguidos soplos de melancolía.

Todo invita á meditar, todo llueve sobre el espíritu un gélido llanto de desolación; cuando he aquí que siento en los cristales de mi puerta un rápido y suave tamborileo, ejecutado sin duda por los sonrosados dedos de alguna mujer. Es alguien que me busca, y en seguida acudo pensando en quién sabe que personita deliciosa y amable, que viene á desvanecer la bruma de mi hastío con el embriagador aliento de la purpúrea flor de sus labios, y con el alucinador efluvio de sus ojos canallescamente volteados.

Abro la puerta estremecido por el voluptuoso influjo de afrodisíacos afanes, y hallo que me aguardan, trayéndome un presente discretamente velado en blanca cárcel de pápiro. Vago desconuelo: penosa indecisión después, y, en breve, á raíz de un despiadado desgarramiento, dulces palpitaciones de placer que iluminan mi faz de tenues claridades de alegría, y estremecen mis labios en una nerviosa sonrisa de encantamiento.

Es que acaba de aparecer ante mis ojos el raro y maravilloso libro de Roberto de las Carreras, artístico vaso de esencias arrancadas á fabulosas flores de lascivia, á legendarias flores maceradas por yo no sé qué alambicados artífices de Montevideo, y que ostenta el llamativo título de *Sueño de Oriente*. Todo en este libro es de una rareza finamente aristocrática, de un sello de voluptuosidad artístico y refinado, y ni de una ingeniosidad perversamente pecadora; pero asimismo atrayente como un hermético sagrario de una divinidad inexplorada.

Aparece en una portada, hecha con un arte y una gracia inimitables, la fina figura de una mujer vuelta de espaldas, leve y elegante, vestida con un traje adorablemente ceñido á sus caderas de anfitrioste, y cubierta con un sombrerillo de tul, vaporoso como un sueño. Anda lentamente, perezosamente, deslizándose suave como una euménide sobre la playa, ante la superficie especular del mar, sembrado aquí y allá de fugitivas velas lejanas.

Esta deliciosa mujer retrata á la heroína del libro de Roberto de las Carreras. Detrás de sus espaldas el poeta oprime entre los dientes la pipa humeante de opio, y se abandona como un visir á las fantasmagorías de un genio artísticamente concupiscente. Sueña que aquella dama — real y no forjada, según su propio decir — aparece ante sus ojos iluminada por el supremo prestigio de la mujer *única*, de la *única* mujer enteramente bella. Y es bella, en realidad, Lissette d' Armanville, pseudónimo con que el poeta disimula el verdadero nombre de la extraordinaria mujer á quien codicia, de la deliciosa mujer casada por quien experimenta el más formidable, el más devorador de los deseos que pueda calcinar jamás los huesos de un neurasténico y soñador.

Tal como Roberto de las Carreras representa á la heroína de su poema sensual, es esto algo supra-exquisito y voluptuosamente ideal. Primero, hace la descripción apasionada y vibrante de su cuerpo, de su impecable estatua de carne sonrosada que alucina como un hechizo y reverbera como una hostia. Cuenta los misterios de su belleza archiduca, canta la apoteosis de su joyante juventud, y es tal la iluminación de genio que palpita en su espíritu y se comunica á su estilo, que hay en sus decires algo como el perfume, algo como el malvado y sublime refinamiento de las

páginas en que Pierre Louÿs glorifica la efigie de Krysis, en aquel pornográfico libro *Afrodita*. Luego, de las Carreras se echa á soñar detrás de las espaldas de Lissette... Es breve, ese sueño, son pocas las líneas en que lo describe; pero de tal manera sabe el artista condensar en un discurso reducido sus ideas, que claramente se ve la manera augustamente señorial y refinada cómo se apodera del tabernáculo depositario de las gracias de Lissette.

Él es un artista, él es un aristócrata, gran caballero del placer, y experto como pocos en los complicados secretos de la sensualidad, sabe la mejor manera de abalanzarse á la posesión de una maravilla de arquitectura femenil, enloqueciéndola, persiguiéndola, acosándola con cariños enervadores y alucinantes, hasta verla desvanecida!..

Para aquellos rutinarios que viven enchalecados en las teorías y las prácticas de los tiempos pretéritos, para los clásicos ruborosos y los castos y pudibundos, como así también para los hipócritas que ofician de críticos de Arte y se tapan los ojos cuando tropiezan con el torso bellamente undivagado de una Diana cualquiera; para esos, repito, *Sueño de Oriente* será la nota artística más inmoral y afrentosa que hayan podido nunca imaginar en la estrechez alarmante de sus cerebros amorfos. Además, *Sueño de Oriente* no hace otra cosa que divinizar el culto del amor á la belleza plástica perfecta, y esto solo sería suficiente para arrancar á ciertos críticos convencionales, á Grandmontagne, verbigracia, el horrible calificativo de *panchista* para el autor.

Con esto y á pesar de todo, ¡cuán bella es la obra de Roberto de las Carreras! ¡Cuán bello su estilo, cuán poderosa y magistral su verba enflorada!.. Ningún mago de la paleta ni el más iluminado de los pontífices del pincel, creo yo que hubiera sido capaz de trazar en breves rasgos la figura original y maravillosa de Lissette d'Armanville. Por lo tanto, este artista que así logra hacernos estremecer ante un ritmo de caderas descripto por su pluma ante la persecución gráfica de un sueño oriental, es un artista que, aunque pecaminoso, peca por amar con toda el alma á la Belleza, y merece por ello un gajo de las coronas que la admiración á lo que tiene gracia coloca sobre las melenas de sus gloriosos precursores, llámense á éstos Byron, Richepín y Hussman.

Roberto de las Carreras: No tengo la honra de conoceros. No os he visto una vez, siquiera. Y en vano torturo en este momento mi cerebro, por imaginar cómo sois, cómo es la forma del vaso en que se guarda el supremo elixir de vuestro espíritu. Sin embargo, como quiera que seais, rubio como Catulle ó moreno como Plácido, bello como Apolo ó cuasimodesco como Pan, sois mi hermano de neurastenia, sois mi hermano de ideales, y allá va el atronador murmullo de mis vítores á mariposear sobre vuestra frente de soñador de vagas Constantinoplas y lejanos Stambules!

Como vos, Roberto, amo en la mujer la línea curva, la línea curva y armoniosa, admirable de gracia y elegancia, que descende á lo largo de un cuerpo gentil trazando colinas de alabastro. Amo la ondulación suave y firme; amo el movimiento flexible y lánguido de las caderas que tienen la erudición rítmica de las serpentinatas. Amo á la mujer que se asemeje á esa que habéis idealizado, y si no, no quiero nada!.. Por eso, desde el humilde rincón en que como á vos me consumen las frecuentes estéticas, desafío con todo el odio de mi alma á los fieros «maestro palmeta» de la crítica, y agitando desde este lado del Plata mi mano afiebrada, hágola estremecer como un presagio de bandera, y os mando mi saludo!

Oscar Tiberio,

Argentino.

Mayo 22/900.

PSICOLOGÍA DE UNOS OJOS NEGROS

Á MI TURCA

De par en par, muy abiertos,
Cual las puertas del amor,
He visto en sueños dos ojos
Que me causaron pavor:

¡Golondrinas de mis noches,
Y aureolas de mi cruz,
Me alumbraron con su sombra,
Me cegaron con su luz!

II

Desde que soñé con ellos
 Les vi ternura y reproche:
 ¡Son mis amigos de día,
 Son mis huéspedes de noche!
 Centinelas de mi alma,
 Nunca dejaron de verme:
 Se abren para interrogarme,
 Jamás para responderme!

III

Ojos que insultan y aplacan,
 Ojos que enseñan á amar,
 Y que en el fondo de un vaso
 Los encontró Baltazar!
 Ojos raros, negros cisnes
 De los parques del azur,
 Que adoró la hermosa Békiss
 Y soñó la Pompadour!

IV

Ellos son la viuda noche,
 Y el alba: novia florida:
 ¡Verdugos y creadores
 Matan al par que dan vida!
 Me hacen ver gratos edenés,
 Siempre que me dejan ciego:
 ¡Para mí está el paraíso
 En las llamas de su fuego!

V

Como la frente de Jove,
 Tienen la luz que repele,
 ¡La luz que dió vida á Baco
 E hizo morir á Semele!
 Ojos de magas Medeas,
 Ojos de altivas Zoraidas,
 ¡Arrancados por las Furias
 Á las cincuenta Danaidas!

VI

Son de una mujer amable
 Y terrible, cuando quiere;
 Que mata cuando acaricia,
 Y acaricia cuando hiere!
 Ojos en cuyas ojeras
 Su arco el amor ha vaciado:
 ¡Ojeras que son dos flores
 Y dos manchas de pecado!

VII

Cuando adora, sus miradas
 Se convierten en placeres,
 Como las piedras de Pirra
 Se cambiaban en mujeres;
 Cuando no siente, ó execra,
 Son Cerberos que arrebatan,
 Y son cráneos de Medusa
 Que petrifican y matan!

VIII

Ojos de enigma sombrío,
 Ojos de arranque sincero,
 Ojos que dicen: te juro,
 Ojos que dicen: me muero!
 Ojos románticos, suaves,
 En que hay paisajes de Escocia,
 Y guardados por un monstruo
 Como el raudal de Beocia!

IX

Al par que mucha esperanza
 Mucho dolor miro en ellos:
 ¡Negras Esfinges de duda,
 Son terribles y son bellos!
 ¡Como imanes luminosos,
 Me atraen y me rechazan,
 Y son faros que me alumbran,
 Y carbones que me abrasan!

X

¡Arde el amor dentro de ellos
Como en un raro crisol,
Y en su hermosa faz esplenden
Como las manchas del sol!

XI

Negros astros que despuntan
En mis mañanas de niebla:
¡Astros que son pura lumbre
Y que son pura tiniebla!



JULIO HERRERA Y REISSIG

Cuando me esquivan los busco,
Pálido de frenesí:
¡Cuando no quiero mirarlos
Siempre están fijos en mí!

Precipicios en que habitan
Flamígeros huracanes,
¡Cráteres ennegrecidos
De pavorosos volcanes!

XII

¡Negras luciérnagas que arden
 En sus fulgíneas literas,
 Y que son almas de flores
 Y enlutadas mensajeras!
 Jeroglíficos extraños,
 Que hablan de raras albricias:
 ¡Ojos que son versos vivos
 De un Poema de caricias!

XIII

Son cual ossiánicas nubes
 Que dan vértigo y desmayo:
 ¡Con el relámpago alumbran
 Para matar con el rayo!
 Son los negros ruseñores
 De mis noches de insosiego:
 ¡Son dos duendes emboscados
 En un castillo de fuego!

XIV

¡Ojos que he visto en Damasco,
 Ojos que he visto en Ormuz,
 Que son Alhambras de sombra,
 Y Trocaderos de luz!
 ¡Ojos que son las monedas
 Con que se compra una hurí,
 Y que son los talismanes
 Que usó el Pontífice Alí!

XV

Ojos sonámbulos, mudos,
 En que hay espasmos de celo,
 ¡Ojos que tienen rugidos
 Como las iras de Otelo!
 Ojos en que hay raros bailes
 De apariciones lascivas,
 ¡Ojos que muerden, que besan,
 Y que son dos aguas-vivas!

XVI

Ojos perversos y mansos,
 Ojos tristes y risueños,
 Ojos que son dos sentencias,
 Ojos que son dos ensueños;
 Ojos que son indulgentes
 Para el hombre que los roba:
 ¡Criminales en su celda,
 Sultancitos en su alcoba!

XVII

Lo que más me agrada en ellos
 Es ¡ay! lo que más me arredra:
 ¡Son la plegaria de Palas,
 Y la imprecación de Fedra!
 Ojos de bella Solyma,
 Y de terrible Gorgona:
 ¡Son Radamanto que juzga,
 Y son Minos que perdona!

XVIII

Ojos, que, como el Mar Muerto,
 Suelen tener ardentías,
 Y que son dos uvas negras
 De la vid de mis orgías;
 Ojos que son mineritos,
 Mineritos roedores,
 ¡Ojos que tienen el brillo
 De los aceros traidores!

XIX

¡Ojos de amante pantera,
 Y de irritada paloma,
 Y que son (¡alguien lo ha dicho!)
 Dos pecados de Sodoma!
 Ojos de bellos Nerones,
 Ojos de artista Lucrecia,
 En que hay mirajes de incendio,
 Y panoramas de Grecia!

XX

¡Bellos ojos que surgieron
De las iras de Neptuno,
Cual la hermosa Vía-Láctea
Salió del pecho de Juno!
¡Ojos cantáridas vivas,
Ojos flores venenosas,
Que sirvieron de excitantes
En la mesa de las diosas!

XXI

Ojos Olimpos de gloria
Que me dicen: vuelve atrás,
Belerofonte ha caído
Y tú muy pronto caerás!
Ojos que soñar me han hecho,
Con el barquero Carón,
Y con los perros infieles
Que devoraron á Acteón!

XXII

Ojos negros en que hay vivos
Y fosfóreos cabrilleos
Que son víboras traviesas
De voluptuosos deseos!
Ojos que se me figuran
Agazapados ladrones,
Y zalameros abates
Del tiempo de los Borbones.

XXIII

Cuando extasiado los miro
Siento una fuerza divina:
¡Soy Quirón que lee en los astros,
Y con Melampo adivina!
Soy el Paladión de Troya,
Soy el Nemrod de alma fuerte,
Y el Sísifo á cuyas plantas
Yace aterrada la Muerte!

XXIV

Ojos que son alcobitas
A media luz de un harén,
Ojos que son como el fruto
Que Eva comió en el Edén;
Ojos que tienen veneno,
Ojos que dan el *hatchís*
Procedentes de Turquía
Y adquiridos en París.

XXV

Cuando los estoy mirando
Siento un placer que me duele,
Siento un dolor que me gusta,
Y una atracción que me impele,
Sé que en ellos flota un algo
Que es amor y es odio eterno;
¡Son las salas del emporio,
Y los antros del infierno!

XXVI

Amo esos perversos ojos,
Que escupen llamas divinas,
¡Negros Plutones que crecen
Al abrasar Proserpinas!
Ojos que soñar me han hecho
Con el drama de Panteo,
Con la ternera de Cadmo,
Y la prisión de Perseo!

XXVII

Bellos ojos que nacieron,
Cual Minerva que ilumina,
De un rayo del pensamiento
En una cerviz divina!
Que, como el corcel sagrado,
Formarán, al morir ella,
¡Un torbellino de soles
Alrededor de una estrella!

XXVIII

Ojos que hubiera soñado
El travieso Rabelais:
¡Que dicen un epigrama
Como bailan un *minué!*
Que en el registro del alma
Tocan, provocando el *bis*,
Un *allegro* de Rossini,
Y una sonata de Liszt!

XXIX

Mil veces los he mirado,
Provocándolos á duelo,
Mas ellos, indiferentes,
No han reparado en mi anhelo;
Los he de mirar con gusto,
Hasta que mi vida exhale:
¡Seré como el dios de Hesione
Que fué el esclavo de Onfale!

XXX

Son los signos de la muerte,
Son los odios de Esaú;
¡Son las piedras luminosas

Con que lucha Belcebú!
Son los fosos de las fieras
Que salvaron á Daniel,
Son las selvas de Alighieri,
Y los antros de Ezequiel!

XXXI

¡Ojos que sois gloria y duelo
Del triünfo de mi cruz,
¡Que me alumbre vuestra sombra,
Que me ciegue vuestra luz!
Ojos de alegres tinieblas,
Y de fatal resplandor,
¡Sois la luz de mi esperanza,
Sois el luto de mi amor!

XXXII

Quiero un sol que me caliente
Y una noche que me enfríe:
¡Jonás busca quién lo trague
Y Tobías quién lo guíe!
¡Oh, mis horrendos verdugos,
Que ignoráis hasta quién soy,
¡No me matéis, alejaos...
Venid, matadme, aquí estoy!!

Julio Herrera y Reissig.

¡RECONQUISTADA!

Era muy fría aquella tarde; fría y brumosa. Solo, en mi cuarto de bohemio, contemplaba á través de los vidrios opacos del balcón, las elegantes carrozas donde paseaban su hastío los príncipes del oro. Rabiosa envidia ardía en mi alma. ¡Oh!.. ¡Si yo hubiese tenido dinero como ellos!.. Quizá, quizá hubiera reconquistado á Lulú, la ingrata, que había desaparecido con mi último billete..

Lulú, la francesita traviesa ¿á donde habría buscado abrigo? Sin duda en la habitación de alguno de esos poetas amigos, que componían muy malos versos, pero más dichosos que yo porque su pluma vertía también hermosos rasgos de letra inglesa y porque sabían rimar... cifras.

Oh! Pajes del rey Oro!..

¡Quizá, en esos momentos, Lulú se estremecería amorosa en los brazos de alguno de ellos!.. y le ofrecería sus labios, sus labios palpitantes, y le brindaría á la caricia su seno, su seno turgente, donde yo había reposado mi cabeza en los crueles instantes de abatimiento. Oh! Esos senos estaban empapados con las lágrimas que vertieran mis ojos ante el espectro aterrador del fracaso artístico.

Y, junto á mi balcón, á través de los vidrios opacos, contemplaba el largo, inmenso, interminable curso de carruajes, que desfilaba silenciosamente, como fúnebre cortejo

El tacón de una botita hirió el pavimento de mi helada alcoba; después un grito, un gritito de gata mimosa, vibró en mi oído. Volvíme, con rápido movimiento, y... divisé á Lulú.

Lulú!

II

—¿Quieres?..

Y en sus labios temblaba un beso, y en sus ojos brillaba la llama del deseo...

La contemplé un instante. ¡La encontraba tan hermosa en sus veinte años! Su carita pálida asomaba sonriente bajo la gruesa capa color ceniza, que cubría sus hombros encantadores y la acariciaba la garganta, aquella garganta que había sido la musa inspiradora de los poetas orgíacos.

—¿Quieres?..

Y dobló su cabecita graciosamente, enviándome el fuego de sus miradas á través de las largas pestañas que exornaban sus párpados.

Me sentí débil,—y sus faltas, que habían engendrado en mi corazón la sierpe del odio, se fundieron al calor de sus ojos... Me sentí débil, y en un loco arrebató de pasión, en un arranque frenético, la estreché en mis brazos y besé sus labios rojos, tibios, palpitantes y bebí su aliento de hembra anhelosa...

Entonces, al través de los vidrios opacos de mi cuarto de bohemio, y con ella en brazos,—á manera del soldado que en el campo de batalla estrecha sobre su corazón el símbolo de la patria amada,—contemplé con desprecio á aquellos príncipes del oro, que paseaban su hastío en soberbias carrozas...

Yo era más rico, más poderoso, más feliz que todos. Yo, que había reconquistado á mi Lulú!

Leonardo A. Bazzano,
Argentino.

Buenos Aires, Junio de 1900.

Á QUÉ LLAMO AMAR

Para el delicado poeta Pedro J. Naón.

A unos ojos que me miren con miradas fulgurantes,
á unos labios de escarlata que me besen febricientes,
á brazos voluptuosos que me opriman anhelantes
y á unos dientes que me muerdan con espasmo de dementes.

Yo así quiero á las mujeres—que me pidan mil excesos,
que bebamos en sus labios el hidromiel de la orgía,
que me presten sus espaldas y cubrirlas con mis besos
y me ahoguen sus caricias, como mares de ambrosía.

Casimiro Prieto Costa,
Argentino.

Buenos Aires, Junio de 1900.

¡VEN!

¡Oh! ven, quiero ir contigo por los bosques desiertos,
Allá lejos, muy lejos, admirar tu hermosura,
Nos espera una barca con sus brazos abiertos
En lo más escondido de la verde espesura.

Verás cómo las linfas, por las sombras besadas,
Los reflejos adquieren de pupilas oscuras,
Cabrilleo de luces que juega en las miradas
Con que tú me cautivas y mis ansias torturas.

¡Ven, mi amada! aspiremos las brisas florestales,
¡Ven! que ya ostenta el río su lúbrico fulgor,—
La barca allí flotante, que velan los sauzales,
¡Será la fresca alcoba de nuestro ardiente amor!!

Y cuando el cielo irradie su gloria vespertina,
Diluyendo en tu rostro su brillo sonrosado,
Estarás tan hermosa, que creeré que una ondina
En mi barca contemplo de pasión extasiado!

¡Oh! seré tan dichoso cuando á mi lado vea,
Mecerse tu cabello besado por la brisa!..
Cuando en tu tierno rostro, de hermosa citerea,
Mire abrirse radiante la flor de tu sonrisa!..

Entonces en la escena de misteriosa calma,
Do el perfume se eleva mezclado con los cantos,
Será impoluta mirra lo tierno de mi alma
Quemándose en el fuego de todos tus encantos!!

. ,
.

¡Ven, mi amada! aspiremos las brisas florestales,
¡Ven! que ya ostenta el río su lúbrico fulgor,—
La barca allí flotante, que velan los sauzales,
¡Será la fresca alcoba de nuestro ardiente amor!!

Francisco G. Vallarino.

LA DANZA DE LAS NÁYADES

SERPENTINA

Dulcemente, en tu lindo rostro, mi mirada se dormía contemplándote.—Pasabas... silenciosa é impalpable, como el mudo surgimiento visionario que se ve sobre el espíritu, flotante.—Pasabas... I entre el vuelo lujurioso de tus niveos encajes, traslucíase á intervalos la pureza blanca i virgen de tu carne.—¡Oh! tu carne tembladora, cual el ala deslumbrante de un gran cisne fugitivo, de un gran cisne, pavoneándose á los rayos de un inmenso sol de gloria.—Pasabas. I los ojos te seguían en tu errante voltejear de mariposa, bajo el cielo azul del ábside estrellado de aquel templo donde alzaba su imponentia el Dios del arte.—Los deseos se envolvían ultrajándote con fáunico arrebató, sobre el símbolo impecable de tus formas, de tus formas que tenían la soberbia dominante del misterio que se oculta cuando empieza á revelarse.—Las envidias te azotaban, hoscas sierpes flagelantes que se enroscan en el tallo de la palma que entreabre su ancha cúpula de sombra, pensativo, destilando la dulzura de sus mieles en las fauces que le dejan el veneno de sus dientes i el insulto de su rabia i de su hambre.—(Tal se miran por el mundo muchas almas miserables i pequeñas, que se arrastran flagelando con sus locas impiedades las divinas altiveces de las almas que son bellas i son grandes)... —I pasabas. Con un ritmo lento i suave se perdía tu figura, resbalando á los compases victoriosos de la orgiástica armonía, de la danza de las Náyades.—¡Las Náyades!... Yo oía dulcemente sus rumores; espaciábanse flotando por mi espíritu en silencio.—Yo veía dibujarse sus ligeras sombras blancas (resurgiendo bajo el manto del efluvio de las lágrimas radiantes, que vertía desde el fondo de su iris formidable, la alba luna sobre el limbo de los bosques seculares, donde en grupos luminosos se dormían cual luciérnagas estáticas).—Veíalas surgir con sus ropajes extendidos á lo largo de su tímida carrera, locas Dafnes fugitivas, que buscaran un asilo misterioso. I sus pasos conmovían, alejándose, los sueños de

la noche.—I los pálidos ramajes crepitaban con la queja de una lira que temblase largamente, con la nota vacilante con que rompen los clarines las quietudes infinitas de las altas majestades, de la sombra i el silencio.—I se iban, sí, distante se escuchaba su argentino risoteo, la gran gloria del excelsior de sus cánticos triunfales, que en un soplo palpitante de embriaguez se dilataba, semejando desgranaje bullicioso de mil perlas que rodasen sobre un ánfora de oro...—I se iban, deslizándose á lo largo de las sendas misteriosas, á lo largo de los claros del follaje...—I la luna deslumbraba y envolvía su desfile visionario...—Con sus nítidos ropajes desenvueltos, se alejaban... con sus blondas cabelleras al combate de los vientos... con sus himnos que morían, disipándose en sollozos... se alejaban, se alejaban, como sombras ideales, como ensueños... por la noche que dormía bajo el cielo fulgurante, como ensueños, como sombras ideales... La visión se evaporaba. Te veía: toda augusta i adorable; luminosa, llena de éxtasis, radiante, coronada por el triunfo, con tu níveo ropaje que ondulaba con los lánguidos temblores de tu cuerpo; con la frente que se erguía, deslumbrándose, imponiendo, subyugando; con los labios inefables sacudidos por tu aliento voluptuoso, cual dos pétalos de sangre sobre un vivo pensamiento de fantástica blancura; con tus grandes dos pupilas, que inundaban radiaciones estelares, infinitas ansiedades de algo extraño, de algo inmenso, de algo audaz: revelaciones que no caben ni en el alma ni en la frase...

¡Oh, mujer! Io te admiraba y te sentía. Luz inmensa derramaste por la noche de mi espíritu i mis ojos. Tuve sed de esa insondable conmoción de lo ignorado; sed, locura de fundirme allá en tu alma, de morir allá en tu pecho, como flor que se consume lentamente con su cáliz sobre un vaso de alabastro ó al radiar de un sol triunfante...

Después, fuíme solo i triste, con el vértigo extrañable de un amor ¡tan infinito! como mudo y desolado, pues que tú eras, mujer ángel, lo imposible en lo imposible que, al soñar, llegue á soñarse.

Francisco Dendarién,

Chileno.

Santiago de Chile, 1900.

AMARGURA

A mi querido amigo Julio Herrera y
Reissig, inspirado vate uruguayo.

Abatida mi fe, mi ñntereza,
Esclavo del pesar, negro el destino,
Todo era alrededor noche y tristeza,
Cuando tú te encontraste en mi camino.
Pudo acabar entonces mi desdicha,
Del corazón fantásticos latidos,
Me anunciaron la imagen de una dicha,
Y aunque mis ojos, siempre adormecidos
A la horrible presión de la amargura,
Al acercarse con amor se abrieron,
Acostumbrados á la noche oscura
Al pasar por delante no te vieron.

Rafael Calvo.

Montevideo, Junio 2 de 1900.

LA DUDA

Al distinguido doctor J. Araut.

Siga el progreso por la misma vía,
Huyamos de cobardes pesimismos,
Continúe el vapor salvando abismos
Atronando los campos noche y día.

Edison lance inventos, la anarquía
Nos muestre criminales heroísmos,
Y reinen en los pobres organismos
Anemia, neurastenia é hipocondría.

Y á los destellos de la luz potente,
Que el eléctrico foco manda al suelo,
Iluminando la batalla ruda,

Contemplemos al hombre tristemente,
Que perdidos los ojos en el cielo
Agoniza en los brazos de la duda.

Rafael Calvo.

Montevideo, Junio 2 de 1900.

« LA CHACRA »

POR JOSÉ G. DEL BUSTO

« A Julio Herrera y Reissig, el poeta más inspirado de la nueva generación » (nosotros también así lo creemos, y hasta lo declaramos teniendo de un lado á Momo y del otro á la Justicia !) dice la honrosa y laudable dedicatoria que acompaña al libro con que nos ha obsequiado el brillante escritor José G. del Busto, de cuyos indiscutibles talentos bastan para dar fe dos de sus obras más notables : el canto á Polonia, y el himno al descubridor de las Américas.

« La Chacra » titúlase la nueva composición métrica del distinguido compatriota, y está escrita en forma de silva, ocupando muy cerca de diez páginas de impreso irreprochable, bien alojadas en una elegante encuadernación que acusa el buen gusto del autor de la poesía, al par que el de la casa editora, que es la imprenta de nuestro distinguido colega « El Siglo », de Montevideo.

Del carácter de la obra que trataremos de examinar — tomando para nosotros la odiosa tarea de ejercer de críticos, so pena de que nuestra caritativa sinceridad literaria sea recompensada con maldicientes animosidades — conocemos algunas bien reputadas, sin que esto importe decir que la mayoría de ellas no constituyan mistificaciones de contrabando que sin aforo ni paga, han entrado y salido en las aduanas del pensamiento.

El clasicismo hispano y la repercusión servil que las distintas escuelas del siglo han tenido en nuestro continente, fueron fecundos en elucubraciones á la flora y á la fauna, dándonos con frecuencia el disgusto de saborear verdaderas páginas de zoología ó botánica, vestidas con oropeles de lenguaje, y pentagramadas en ese verso rítmico y sonoro, que difícilmente « se despega del oído », como dice un moderno crítico francés al referirse al italianismo resonante de la poesía, tan en boga en los siglos pasados, cuando las Musas marcaban á toques de campana las cadentes agonías de la estrofa y los metálicos hemistiquios de la frase.

El libro que tenemos á la vista constituye intrínsecamente un

ensalzamiento al trabajo, una apoteosis á esa madrastra injusta que se llama la tierra, un canto á las victorias del sembrador que abona con el rocío amargo de la frente el terruño de sus afanes; una aleluya triunfal, que, por lamentable antítesis, nos recuerda las soberbias imprecaciones de Zola, enfurecido contra la primer sentencia del Creador que condena al hombre á llorar sangre sobre el fruto que prolongará su miserable vida, desgarrada siempre, como la del hijo de Japet, por el pájaro de las desesperaciones!

El autor ha querido salir airoso en una aventura que no se aviene con su idiosincrasia poética; — y tenía que suceder... la tierra, la ingrata tierra, desconocida, enteramente, por su Musa, acostumbrada á pasearse por los palacios del éter infinito, le ha prestado una hospitalidad poco envidiable, y de aquí la descriptiva frialdad de su pluma que escribe con tinta coagulada en vez de trazar líneas de fuego, y que parece patinar con elegancia sobre las cosas, sin dejar en el pensamiento las parábolas ardientes de otro tiempo en que la imaginación, más juvenil y audaz, le ofreciera su carro volador y su corcel de llamas!

¿Será verdad que los inviernos de la vida hacen encanecer el alma, antes que el cabello, y, que los primeros tenores del entusiasmo artístico se convierten en bajos profundos una vez que offician de sacerdotes en el hogar, y experimentan ese helado equilibrio de la existencia que reduce las ideas á guarismos y convierte el cerebro en implacable geometría? — ¡Lo dudamos, y qué horrible es la duda!

¿Tendrá razón el autor de « Don Juan » cuando dice que la edad del hombre llega á marcar cierto número, espantablemente serio, que suena tan mal en el corazón como bien en el manejo de la hacienda?

¡La interrogación espanta! Conviene tenerla lejos, y nos empeñamos en creer que el alma sugestiva de Busto es siempre joven y siempre refractaria á esas desesperantes decrepitudes desmentidas por Víctor Hugo, cuando dice que el volcán arroja llamas sobre la nieve, mirando al sol!

¡Qué horrible es la incertidumbre! Acaso nosotros también lleguemos á la estepa, muda y pálida, en un día no lejano. Acaso devore nuestros entusiasmos la Esfinge del tiempo que encontrare-

mos, sin duda, al salir del jardín de la juventud para entrar en el palacio de invierno de la vejez !

— No estamos convencidos de lo contrario, y, ¡ oh terrible duda que has merecido del gran Ibsen el honor de haberte puesto en boca de uno de sus personajes ; en boca de Játgeir, al responder á la pavorosa pregunta del rey Skule : — « ¿ qué significa esa terrible duda de la fuerza ? »

— Es la duda que duda aún de su duda ; — es más horrible que la muerte misma : son las tinieblas profundas » !!

Pero, continuemos con nuestro libro, apartándonos de lo tétrico, y haciendo por conservar esa hermosa esperanza de que se prolongue nuestra adolescencia, y no le pase como á esos ríos de que nos habla Daudet, envenenados, en pleno verano, por las amargas hojas de la adelfa !

El título de la obra del señor del Busto pertenece á ese género de nombres algo hipócritas que sirven para enmascarar un libro y que un sociólogo como Max-Nordau apadrinaría resueltamente haciéndolo pasar por el bautisterio intelectual de su nomenclatura postiza. No es un nombre que nos despierte la idea de galantear con una inclinación, firme y alegre, al libro que ha de pasar á nuestra biblioteca — diciéndole, sonrientes : ¡ pase Vd., mi señor ; está en su casa, sino, que, al contrario, nos sorprende ; nos parece un forastero de la más acomodada burguesía literaria, á quien no sabemos si saludar y despedir en el último peldaño de la escalera, junto al zaguán, — ú ofrecerle una butaca, para que se siente, en el salón de recibo, al lado de nuestros co-aristocráticos visitantes.

Es un título que nos trae á la memoria una fórmula utilitarista, más bien que una delicada *bombonière* poética, en que se nos hace el obsequio de la golosina que nuestro espíritu apetece.

La obra, desde luego, se da á conocer por su título, y, como tal, debemos interrogarla — haciéndonos todo oídos y todo sensibilidad, para que un átomo de ella no escape á la rotación que la haremos dar alrededor de nuestra lente analítica.

El actor, como se comprende, ha cambiado de indumentaria, y la decoración está bien lejos de ser la misma.

¡ Ya no es la patria de Chópín, la que llora *con lágrimas de nieve*, en su cautiverio de vergüenzas y de heroísmos, exhalando su queja

helada, como los suspiros de Nivoso, para que el mundo la escuche estremecido; ya no es la carabela del temerario navegante, que, como el cofre de Perseo, halla la salvación en la nueva Sérifos del progreso, conducida por los alados corceles de Neptuno!

El poeta canta con los ángeles de Nacimiento: ¡gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!...

El salterio no lanza sus notas de duras y aceradas armonías, que, como las flechas de Filoctetes, pasan silbando las lúgubres canciones del Destino. No son del chisporroteo de la pira de Hércules, ni de los ayes de Helea, al abrazarse con las olas, los sones que hacen vibrar las cuerdas del laúd sonoro. Por esta vez, Orfeo no es el hermoso Argonauta que tiene que destruir el fatal encanto de las Sirenas; ni el Protesilao que se sacrifica á los dioses de su patria por conseguir la victoria.

Lejos de todas las manifestaciones del siglo y del excéntrico satanismo, que entenebrece el espíritu de la época, la obra del señor del Busto es, en cierta manera, un manojo de rayos solares que hacen retozar el sentimiento; un montón de notas claras y difusas que caen sobre nuestra palidez de enfermos de la duda, haciéndonos sonreír distraídamente; un soplo de aire puro que, como los suspiros de la mujer que amamos, nos acaricia el alma haciéndonos exclamar: ¡qué bello es entregarse á lo infinito y no tener más lámpara que el sol, ese eterno y único embustero de los países latinos, como le llama el autor de « El Nabab ».

No hubo, por consiguiente, en el soplo inspirador, que dió vida al libro, ni huracanes de metralla, ni melancolías de enfermo, ni desperezamientos de hastío, ni apóstrofes de Ezequieles, ni terremotos dogmáticos que conmuevan la epidermis social del Universo. No hay exotismos, ni desesperanzas, ni amarguras, ni gestaciones de neurastenia, ni erutos de ateísmo, ni contorsiones de duda, ni desangramiento de corazones ulcerados por el dolor. Todo es plácido, bonancible, sereno, horizontal y transparente.

Ni Píndaro, ni Goethe, ni Quintana, ni Puszquine, ni Swinburne, ni Leopardi, ni Herculano, ni João de Deus, aparecen, para nada, en el aposento cerebral del artista, que ha cincelado su obra bajo las higueras de Virgilio, ó á la sombra del retiro de Fray Luis, devorando, con frenética gula, los manjares de Ceres; asistiendo á

los milagros de Pan, ebrio de oxígeno, loco de sultánica felicidad, elástico y musculoso como Anteo, pachá de la agricultura, emperador de los soberbios apetitos y de las magníficas robusteces que van gritando con Sardanápalos: ¡comer, cantar y dormir!

Leyendo la última poesía del celebrado vate, y al recorrerla de etapa en etapa, se nos ocurre que ha querido, consiguiéndolo en parte, hallar inspiración en la madre tierra de cuyo fecundo vientre salen prodigiosas maravillas, raras esculturas, individuos colosales con cabelleras de Sansones, monstruos de cien garras, con dentadura de Cerberos, que muerden y astillan el pétreo pedestal que los sostiene!

El señor del Busto echa una ligera ojeada por los alrededores de la huerta—y, ¿qué ve?—Lo que apenas nos quiere describir: ...Allá, donde las resquebrajaduras hacen muecas satánicas, y donde los hoyos oscuros é irregulares semejan inmensas bocas que bostezan de hambre; allá, donde la estañada laguna, « porque al rayo del sol sus aguas pierde », se queja como una virgen sensual consumida por la primer pasión; donde los eucaliptus, gigantes petrificados por las Gorgonas, se estremecen de pronto y vocean al recibir el bofetón del Pampero, y saludan á la cabalgata de amazonas negras que pasan por la atmósfera llorando á veces, ó haciendo que sus corceles saquen chispas con sus cascos inflamables!

¡ Lo grande al lado de lo apacible! Humboldt y San Isidro. El bosque y la huerta. El cielo y el jardín.

Los álamos que parece que hubieran crecido en una sola noche; las amapolas que se besan con los claveles; el sauce que ora prosternado y moja su frente de humillada Magdalena en el agua bendita del raudal; los pinos que elevan su pirámide luctuosa, señalando el cielo, y que semejan instrumentos lúgubres donde el viento murmura una elegía de la tierra; el valle, sonoro como una urna de bronce, patria de las palomas de Zorrilla y de los cuervos de Chateaubriand; donde el claro-oscuro y la media luz inspiraron á Rubens y donde las cornamusas de los pastores holandeses ensayaron sus primeras notas de tristezas; el arroyo « que cruza cual graciosa serpentina » azul, constelado de hostias de espuma, transparente y lacrimoso como las estrofas del cisne de Macón, tran-

quilo como el sudor de la Primavera y rumoroso como la alegría de un niño; las glorietas que son las alcobas nupciales de la gí-cina y de la madreSelva, y el templo donde se unen las bocas de los enamorados que huyen de la sociedad; la inmensa nave de verdura bajo la cual se humillan las sombras, y las brisas, mensajeras de Loda, suspiran como stradivarios, se quejan como oboes y murmuran como clavicordios; la sierra aleonada, con manchones de terciopelo verde-oscuro, envuelta en un velo de vapores violáceos, y que se enarca á medida que nos acercamos á ella, como un monstruo sorprendido; la aldea, la sencilla aldea del «Idilio», blanca como un sueño de Jorge Isaac, y que nos trae á la memoria la eucarística inspiración de Gutiérrez Nájera. Por último, el Cerro, nuestro Cerro, que, como ya lo hemos dicho, en beneficio de la hipérbole:

... es el titán de Rodas
Con un pie en el jardín y otro en el río!

Perdónesenos la digresión que antecede, inspirada en unos cuantos motivos hermosísimos que hemos hallado en el libro que vamos á justipreciar.

Un pedazo de alma poética, algo de esa simpática aleación que tiene para nuestro espíritu la naturaleza de los campos y de los horizontes que amamos porque nos pertenecen, y que nos pertenecen porque los amamos, se encuentra, es indudable, en la obra que acaba de publicar el señor del Busto, quien es, con poca diferencia, el mismo cincelador de antes y el artista que pinta magistralmente; menos sonámbulo, es cierto, y poco sentimental, por lo que cabe una diferenciación notable entre su numen de ahora y el de tiempos atrás, cuando de su fantasía brotaban estatuas griegas y símbolos de una unción admirable, por la delicadeza y el sentimiento que la animaron.

No nos compete inquirir si existe ó no una evolución ideológica, ó un nuevo agente trastornador, que haya generado, por decirlo así, el nuevo fruto intelectual de su obra. Pero, aún teniendo en cuenta las innúmeras bellezas particulares que adornan la última producción del señor del Busto, lo declaramos, haciendo un esfuerzo de sensibilidad y de valor, que mucho nos contraría, que « La

Chacra », juzgada en conjunto y como obra esencialmente artística, no nos agrada del todo, sea porque su naturalismo de inventario no vaya bien con la índole del temperamento que Dios nos ha dado, ó porque nuestra miopía intelectual, que estamos lejos de desconocer, enajene por completo el escaso sentido de la crítica, de que nos creemos humildes y pequeños poseedores.

Conviene, desde luego, y antes de entrar en partículas de juicio, presentar armas, como lo hemos dado á entender, al talento del autor y á muchas de las bellezas que la obra contiene. El numen del poeta aletea por intervalos aún cuando parece estar abatido, á semejanza de un pájaro vigoroso, en medio de su agonía. Pintorescas imágenes constelan la obra, á la manera que hermosos rubíes la máquina de un reloj; provocando la admiración del más exigente en materia de forma literaria, cinceladuras de bronce vaciadas en el molde parnasiano de los nuevos cruzados de París que beben la inspiración de Eleusys en los cálices de Leconte y de Heredia, y ofician en los altares de mármol del gran pontífice de «Sambó»!

Riquísimos materiales para un poema hubiéranle sido esas espléndidas ornamentaciones de la Naturaleza, esas sublimes telas de poesía que el señor del Busto mira distraído y como de soslayo pasando delante de ellas, sin conmoverse, como un sonámbulo que se dirige por línea inflexiblemente recta á un punto fatídico en que ha de expirar la fuerza misteriosa que lo conduce.

Pero ¡vana ilusión! nada de aquello se cumple y el señor del Busto no ve sino la chacra, sólo la chacra, como quien dice: la col, el moniato, la papa, etc.,—componentes éstos más á propósito para hacer un buen cocido literario y ofrecérselo en alegre charla á los comilones de la *Magna-Quies*, media hora antes de que se sirva alguno de aquellos almuerzos caligulianos que la han dado justa celebridad, que para ofrecérselo al inapetente Apolo, que recibe de mala gana los rimados frutos de nuestra lengua, enfermo como se encuentra de las indigestiones que le han causado las prosas versificadas de tantos Grilos y Carullas como respiran en esta América *literatófila*, gastada ya por su precocidad de niño-hombre que la hace cometer tan serias indiscreciones, en arte como en política.

A nuestro juicio, del Busto ha encallado debido á su poco acierto en el motivo inspirador que eligió para su obra, y... nada más! Le sobra talento de poeta, que envidiamos generosamente—aunque por esta vez, preciso es reconocerlo, faltóle la discreción del sabio, olvidándose de consultar el oráculo de su conciencia intelectual que le hubiera dicho, estamos seguros: En la duda, abstente!

Nosotros, lo declaramos, no hubiéramos podido escribir dos páginas sobre un tema tan escabroso y materialista, y, en cierto modo, el señor del Busto, con sus trescientos cincuenta versos, que acusan una fecundidad de ingenio realmente pasmosa, es digno de la admiración de los lectores, y ha llegado hasta arrancarnos esta frase de asombro apologético: ¡Qué aguante!

Podemos estar seguros que hubiera igualado á Ercilla en su famosa « Araucana », si en vez de cantarle á la verdura hubiera elegido para gimnasia de su imaginación el panorama virgen de nuestros campos, deteniéndose ante aquellas pocas notas del soberbio cuadro que apenas nos deja entrever por un agujero de su cortina, y, que nosotros hemos querido robárselo, páginas antes, copiándole los eucaliptus que tanto abundan en su poema, y el Cerro que habrá contemplado hasta cansarse desde una altura de su hermosa chacra.

La Poesía (lo sabe mejor que nosotros el señor del Busto) no se reduce á la descripción real de la naturaleza; á esculpir lo que en ella hay de vulgar y alimenticio; á la consagración egipcia de los frutos agrícolas que sólo puede apetecer un Osiris hambriento; á formar inventario de las mil variadas plantaciones, con su correspondiente parentela de híbridos é ingertos, que se encuentran en un establecimiento de campo, y, que podrán ser muy beneficiosos para la industria—si se quiere—y hasta de suma utilidad para la salud fisiológica y mental del hombre, sin que por eso dejen de estar malísimamente, haciendo las veces de profanadores, en los sacros dominios del arte sentimental y deleitoso, donde todo es música, perfume y placer; donde el alma canta las intangibles creaciones del amor, donde solloza el corazón las enfermedades que lo ulceran, y, el cuerpo se retuerce en espasmódicas ansias, ofreciendo á Venus la danza lúbrica de la fecundidad!

Una poesía materialmente naturalista nos trae á la memoria una

idea luminosa y profunda, de ajena paternidad; idea que alterada por nosotros, es poco más ó menos lo que sigue: Si la reina que inmortalizó Milo se concibiese con toda aquella viscosa cañería intestinal que le anda por dentro á las más célebres heroínas del amor, y que es adonde van á parar los groseros residuos de las víctimas de nuestra deleitante bucólica, ¡pobre plástica que hizo caer en la deshonra á Belisario y que esclavizó á Pompeyo!

No de otro modo se puede hablar del epicureísmo de la naturaleza y de la desnudez de ciertas verdades que son refractarias al gusto, como lo son al contacto de un cuerpo extraño ciertas imantaciones demasiado fuertes.

Según nuestro modo de pensar, el delito literario (si es que lo hay) del distinguido autor de « La Chacra » no es otro, pues, que el poco acierto en la concepción del plan que eligió para su obra, la que forzosamente resulta banal por el *detallero* que tiene que sostener, y que no sugiere en el ánimo del lector una sola idea levantada, sino que, al contrario, se asocia, por natural correlación, á lo empírico de una labor prosaica que tiene por fin de utilidad el sustento de nuestra carne y el agente indispensable de nuestra dinámica digestiva.

¡Qué veta lujosa y rica hubiera hallado el señor del Busto, para haber hecho lucir su delicada imaginación y su alma poética de axilas reales, en nuestra naturaleza, en la pura y virgen naturaleza de nuestro suelo, dando cuerpo por estereotipación magnética á los inspiradores fluidos que de ella emanan; electrizando con la sugestión avasalladora de su inventiva los organismos vivientes que se desarrollan al calor de los hálitos fecundos; y por último, haciendo hablar á los héroes históricos de esa Necrópolis de nuestro pasado, verdaderos Lázaros que esperan al Mesías que los anime y los haga vivir eternamente!

Pero, es el caso, que, el señor del Busto nos enseña, cuando más, á hacer prodigios pacienczudos de malgastado ingenio, presentándonos con simetría y pasmosa ordenación, un acomodamiento ferial de productos de labranza y arboricultura extranjera, amén que conduciéndonos, con galantería de propietario satisfecho, desde el frente á los fondos, y por todos los costados, hasta hacernos ver la última rinconada y el último vivero de su huerta señorial, en la

que, diríase, sólo falta el manzano de las Hespérides para que sea digna de pasar á la Historia!

El argumento de « La Chacra » es, pues, un hermosísimo paseo que produce en el ánimo del lector el efecto de « ese vinillo del Ródano que hace reír y cantar »!

Tócanos, ahora, particularizarnos en el análisis, terminada nuestra síntesis sobre el espíritu dominante de la obra, la que, como veremos, encierra delicadas joyas de arte, morbideces de forma que deslumbra, talladuras florentinas y filigranas de prodigioso artífice, dignas de mejor alojamiento y de la más alta consagración.

La primera estancia nos parece buena; es una invitación animada que el poeta hace al lector para que lo acompañe:

« A llenar de aire puro los pulmones
Y el pecho de esperanza ».

Es una sacudida que se nos da en pleno sueño cuando se nos dice: ¡ arriba, haraganes; hace un día hermoso, vamos al campo! Es un toque de diana, alegre, chillón y sugestivo. Se escuchan los mil distintos gorgoros de las aves que anuncian el despertar, y penetra por nuestra ventana un salúo de oxígeno y una mano que nos da los buenos días!

Notamos que faltan los signos de exclamación tan necesarios en los períodos advocativos de mayor intensidad, y además no nos agrada el noveno verso que dice:

« Se siente cacarear *al gallinero* »

pues, entendemos que á la palabra gallinero, ni aún en sentido figurado, debe dársele el atributo de cacarear, ó lo que es lo mismo, conferírsele el valor de una cosa animada, que no lo es, al menos que no se parezca al árbol que canta de las « Mil y una noches ». De ningún modo, pues, y aunque se apele á las licencias de muy mal gusto, que abundan como peces en nuestra literatura, debe tomarse una casa por los individuos que en ella habitan. ¡ Ni aún el apóstrofe cabría, dirigido á la regia mansión gallinácea que, según díceres, posee en su parque el príncipe de Gales!

Pasemos á la segunda estancia. Notamos demasiado extenso el paréntesis que se nos obliga á hacer, desde el final del primer verso hasta el principio del séptimo, donde dice:

« desde la casa

.

 hasta el arroyo bajan ondulantes ».

Desde luego la oración es confusa y algo forzada, obligando al lector á recorrerla nuevamente para darse cuenta de su exacto sentido.

Si no nos equivocamos, en el final del tercer verso, donde dice :

« á todo instante »

debe decirse : en todo instante, para que el complemento de la oración resulte debidamente castizo.

Por lo demás, ¡ qué hermosa pintura hay en esta segunda estancia, donde dice :

« Ramilletes de flores,
 de esas flores silvestres hechiceras
 que surgen por encanto en las praderas
 como una bendición de los amores,
 abrillantan el pasto, siempre verde ;
 la laguna se queja allá en el bajo
 porque al rayo de sol sus aguas pierde ; »
 etc., etc., etc.....

Todo esto es intensamente sugestivo y poético, y nos hace exclamar, como cuando de lejos escuchamos la vibración de una voz que nos es conocida : ¡ esta es la cuerda artística de Busto !

La tercera estancia (página 6), es toda una descripción botánica y zoológica de colorido extra-realista, que podrá ser muy animada y pintoresca, sin que por esto nos deje de parecer prosa pura y escasamente original, puesta en versos bien cincelados. En ella hay de todo como en el gabinete del incomparable Tartarín.

Pasemos por algunas cositas de no muy buen gusto, como aquello del quinto verso :

« en el patio, que más parece plaza, »

y aquello de que :

« el pato, el micifuz y la gallina
se acercan al olor de la cocina ; »

Prescindiendo de la viva exactitud campestre-escenográfica que pintan estos dos últimos versos, y que nos recuerdan cosas que deleitosamente hemos observado, nos desagradan casi por entero, pues se nos hace pensar en el problema que la escuela experimental se ha planteado de si las aves poseen ó no, en cualquier grado que sea, la membrana pituitaria, ó lo que es lo mismo (con aplicación á nuestro país), la membrana política.

Tampoco nos gusta aquel que dice :

« por manos adiestradas ordeñada »

dos semi-consonantes que incomodan con su vecindad prosaica. Pasemos también por la anfibología de los tres últimos versos de la misma estancia ; anfibología que creemos resulte más bien de un descuido en la prosodia que de un equívoco pecaminoso, pues de esos defectos de menor cuantía hemos notado algunos en distintas partes del libro.

En la cuarta estancia—páginas 6 y 7—(á todo esto se entiende que prescindimos absolutamente de los prosaísmos descriptivos que forman, por decirlo así, el tejido de la obra), hemos hallado plásticas de versificación que sorprenden por su belleza, y hermosísimos pensamientos como el que sigue :

« el fuego, que recibe enamorado
la olorífera rama,
y en sus brazos parece
que la retuerce con pasión bravía,
esparciendo con llama vigorosa,
el bienestar, la luz y la armonía. »

¿ Qué *armonía* será esta ? .. No nos agrada el final que dice :

« la vida patriarcal, *la vida santa*,
la que vivieron sanos y *discretos*,
nuestros abuelos *con amor que encanta*. »

Este último hemistiquio nos parece algo ripioso.

La quinta estancia (página 7), es de un hermoso y variado colorido.

No nos agrada solamente aquello de que :

« el sol se *propasa* demasiado »

¿ Se *propasa* ? . . . ¿ Se pasa al patio ? . . .

El verbo *propasar* se usa como recíproco, significando que alguna persona se excede de los límites de lo razonable, en lo que hace ó dice :

« *Excedere, metam, transgredi.* »

Ni tampoco nos parece de clara significación el penúltimo (aún cuando suponemos que el *maduro* sea el pintor y no el instrumento).

V. gr. :

« ¡ Cuánto brochazo de *pincel maduro* ! »

Notamos que el inspirado poeta se *propasa*, realmente, en el reparto de los adjetivos, empleando el procedimiento de Núñez de Arce, de un efectismo algo ampuloso por su eufonía en cierto modo alambicada, que resulta de la acorde y desmedida colocación de los epítetos.

La sexta estancia (páginas 7 y 8), es un prodigio de perspectiva. Se asiste á una representación kaleidoscópica. La descripción es intensamente sutil y variada. Por todos lados encontramos árboles y más árboles, presentados siempre de una manera distinta, y se nos hace desear los opíparos frutos de todos ellos, que, también nosotros conservamos la primitiva afición de llevarlos á la boca frescos, recién arrancados por nuestra mano. También en distintas estrofas hemos hallado tal cantidad de aves que se nos hace desearlas en salmorejo, pues, á la postre de tanto andar, es lógico que se nos despierte un apetito bastante mal educado.

Sólo tres versos no nos cautivan :

« á la *portera* de la antigua entrada »

.

« hasta el arroyo de *ferax* frescura »

. . . ,

 « *se ralea* al empuje de los años » .

Nos parece más castizo que se diga portería en vez de *portera*.
 Tampoco no nos agrada aquello de la frescura *ferax* del arroyo
 y menos lo de

al empuje de los años.

Esto último no nos parece ni propio ni adecuado á la idea del verso.

También el cincel faltóle en este otro :

« pero aún en él alienta una centena »
oaun-enelalien-tau

pues, impensadamente creemos que se nos habla en guaraní!

En cambio, ¡ qué hermoso es este final !

« allí los sauces,
 y los álamos altos abrazados,
 cierran al sol la entrada
 y forman caprichosos cortinados ;
 la tierra abre sus fauces
 en pedregosa grieta
 y surge una *cachimba* inmaculada,
 manantial rico y sano
 bajo el inmenso sauce soberano
 que forma por sí solo una glorieta »
 etc., etc., etc. . . .

.

¡ Qué lapidario se nos muestra el poeta en estos últimos versos,
 y qué pintor tan soberbiamente naturalista ! Sólo que su desaliño
 no le deja en paz y se olvida de trazar la recta bajo la palabra ca-
 chimba ; pues nos parece que el procedimiento (más tratándose de
 un cerebral de la talla del señor del Busto), varía en corrección y
 formalidad, aplicado á una publicación en libro que puede trascen-
 der al extranjero y despertar serias censuras, dando pábulo á que
 se ratifique la prevención que se guarda contra los plumas-largas

de América, que cultivan la literatura antes de estudiar bien el idioma.

La séptima estancia (pág. 9) es puramente descriptiva; está bien cincelada; con algunos adjetivos en *oso* y en *able*, pero...

Hay un verso en ella que merece la pena discutirse:

los álamos formados en batalla,
«parecen con sus troncos de coloso»

¿Confundirá el señor Busto las encinas con los álamos? Además ¿qué troncos son esos? ¿Los de los árboles ó los de los colosos? ¿A quién se refiere?—¿Son troncos humanos ó vegetales?

Por otra parte no estamos de acuerdo con el poeta en eso de que los álamos (al menos en nuestro país) tengan troncos de coloso, cuando necesitarían hacer gimnasia, pues son *flacos* como hilachas de caramelo, y, lejos de tener la robustez de los discípulos de Vulcano, encargados de trabajar los proyectiles con que Júpiter castigó la osadía del padre de Deucalión, dijérase que han sido humillados por el palote, y llegan hasta parecernos postes hiperbólicos, más bien que otra cosa.

No son de nuestro agrado, por su terminación, estos dos últimos:

« que las tormentas del invierno *helado*
convierten en un lago *sonriente* ».

Dos partes calificativas del idioma que forman juntas, en línea de parada al final de cada verso. La primera, por ser casi inoficiosa en la expresión de la frase debiera ir, por lo menos, antepuesta al nombre ó sea á la palabra *invierno*, para no parecer ripio, á semejanza de ciertos representantes que están demás en nuestra Honorable Asamblea y, que son verdaderos ripios de nuestra mala política. La segunda nos parece gomosamente blanda para dar el martillazo final á una estrofa tan enérgica y valiente, en que se nos habla de baluarte, desafíos, metralas y tempestad.

He aquí que nos encontramos (estancia número 8) con

« la rica ciudad de Jauja,
donde se come, se vive y no se trabaja »

Escuche el lector :

« Allí la col, erguida,
como una gigantesca rosa abierta
llena el aire de vida ;
allí brota la papa suculenta
y el moniato con *impetu* revienta ;
allí el rojo pimiento desafía
en color al tomate, la alcachofa
levanta amoratada la cabeza,
se arrastran el zapallo y la sandía,
la acelga audaz del perejil se mofa,
y la menta y la albahaca se visitan
en la sombra que brindan zalameros
naranjos, tangerinas, limoneros,
y llevan atrevidas su follaje ».
etc., etc., etc.

Falta solamente la célebre remolacha de Tartarín ó sea el cocotero más alto de Tarascón.

La estrofa que, renglones antes, hemos transcripto, constituye una de las partes de la poesía magistralmente lapidadas ; aún cuando casi todas las consonancias son chacareras y parece que están provocando á gastronómico duelo á cierto humorista, de gran abdomen, muy simpático, que padece de neurastenia espinal (no hay que confundir con la que se aloja en el cerebro que es mucho más elevada), distinguiéndose por sus aficiones de buen *touriste*, y al cual cabría la suerte de la hija de Cadmo si la literatura en vez de ser una mísera esclava esgrimiese por una sola vez los rayos del Olimpo !

Por lo demás la última estrofa que hemos señalado, al par que luce una forma arrogante, marmórea, impecablemente ebúrnea, es también la más prosaica de todas.

Es una estrofa que da grima á quien entiende la poesía como nosotros la entendemos, y que causa admiración al artista culinario más ingenioso en materia de hacer con cuatro centésimos un plato de gran señor. Con efecto : el señor del Busto, hace prodigios de juglar japonés para redondear los períodos y de ventrílocuo sin rival para hacer que hablen de sus atributos morales : el pimiento que *desafía* ; la acelga que es *audax* ; el perejil que es

imbécilmente bueno para sufrir bromas pesadas ; la menta y la albahaca que *son visitadoras y atrevidas* como las *cocottes* del París costurero y mercerista.

Por lo demás, el único que no es de nuestro agrado, es el octavo que dice así:

« el moniato *con ímpetu* revienta »

¡ Esto parece un sarcasmo con que se anatematiza á alguno de los farináseos de nuestro gobierno que está por perder la simpatía del señor Cuestas ; pues realmente consideramos deplorable que un moniato con su figura informe de feto inanimado se trueque repentinamente en el explosivo de Orsini y estalle, sin causar el menor daño á sus tranquilos compañeros.

La novena estancia (págs. 9 y 10) es brillante por su forma y por las ideas que entraña. El autor de « Bajos-relieves » le hubiera puesto su blasón al pie, estamos seguros. Toda ella es poesía y regia poesía. He aquí los primeros fragmentos que son de una sonoridad que electriza :

« ¡ Horas del labrador, sagradas horas
en que el hombre, doblado sobre el suelo,
mueve la tierra con afán profundo
y pone las semillas bienhechoras
bajo la augusta protección del cielo!
Horas de luz, de fiesta para el mundo,
de fecunda labor, de rudo embate,
en que la azada corta y resplandece
como tajante espada de combate. . . »
etc., etc., etc.

Esto es de lo más hermoso que puede pedirse. ¡ Qué versos tan rítmicos ! ¡ Qué figuras tan valientes !

El final, sin embargo, no está del todo bien como veremos :

« ¡ Religión del trabajo que ennoblece !
¡ Guerras que no destruyen y que crean !
¡ Salud del cuerpo ! Vida sin cuidado !
¡ Santas horas de paz ! *Benditas sean !*

En vez de *Benditas sean*, debe decirse (esto salta á la vista del más simple afinador en concordancia de sentido) *Benditas seáis ;*

pues, hay dos singulares en el tercer verso donde dice: ¡Salud del cuerpo! ¡Vida sin cuidado!—á los que de ningún modo se les puede aplicar la tercera persona del Imperativo, sino la segunda de dicho Modo.

La décima estancia (pág. 10) es hermosa y pintoresca, pero nos desagrada el final que dice, refiriéndose á los eucaliptus:

« ¡Ay de ellos que sus retos
suelen pagar *algunos* con su vida
(¿y nada más que *algunos*?)
en lucha *sin coraje*
del rayo á la *primera arremetida!* »

Creemos que el rayo, cuando más tiene una sola arremetida, al menos que no sea un rayo *buscapiés!* Si el señor Busto se refiere á la tormenta, debería habérmolo dicho con la más perfecta claridad.

Las estancias undécima y duodécima no dejan nada que desear, consideradas descriptivamente. Si algún defecto hay en ellas es el abuso del adjetivo y de los participios, de lo que resulta una enfadosa monotonía que hiela el sensorio y precipita la lectura, haciéndonos desear su terminación con la vehemencia con que se desea llegar á tierra después de un viaje largo y fatigoso.

Además no nos agradan los siguientes versos que subrayamos y que están comprendidos en la duodécima estancia.

« Y con *paso ligero*
cruzamos el potrero
.
.
demandando á la tierra su sustento. »
.

El primero porque es un ripio patente, pues, lo mismo nos da cruzar el potrero acelerando el paso que con la calma de un fraile obeso; y el segundo porque se halla en la terminación de la estrofa y nos parece de una debilidad que inspira lástima, con su cacofonía inarmónica y mal sonante.

El resto de la obra contiene fragmentos preciosos en que el autor hace gala de buen decir y de una fantasía que tiene todos los

colores de una tela de Goya en soberbio connubio con las líneas de mármol de un jarrón de Eleusys. La sobriedad no le falta y la pitotécnica de la imaginación ostenta sus más prismáticos deslumbramientos y las combinaciones sobrenaturales de una regia serpentina que se viste con el iris, y desparrama airosamente, como dice un conocido escritor moderno, el mágico florecer de una primavera del paraíso, vestida por Salomón y soñada por Gauthier!

¡Escuchad al Poeta, y vedlo en su Tabor con la frente alzada, entre el cielo y la cumbre, como Jesús!... ¡Es otro Busto!

Ya no cabe el derecho de exclamar con el héroe:

¡La pobre alondra no canta
Porque el sol no la ha mirado!

Sino que, al contrario, pasa lo que en «La forêt mouillée» del gran Maestro, cuando descende sobre la cabeza del Poeta la novia alada de la inspiración, en forma de paloma blanca. «La lluvia pasó por encima de la floresta, y los árboles, las hierbas, las hojas y las flores, los pájaros y los insectos, todo toma la palabra!»

¡Escuchémoslo!:

« Ya va á ponerse el astro rutilante ;
ya reviste á sus últimos fulgores
mil formas y colores
la nube, por el céfiro empujada ;
ya de púrpura tiñe el horizonte ;
ya se hunde tras el monte
como hostia por los cielos consagrada,
dejando el mar sin luz, la tierra fría,
y el alma con letal melancolía.»

Esto es hermoso y del mejor gusto, así como lo que sigue; pues, parece acariciado por el gran cincel del autor de «Maruja»

«aquí no llegan
de la ciudad los disonantes ruidos ;
aquí se logra en bienhechora vida
con la salud del cuerpo la del alma ;
aquí todo á los éxtasis convida,
y en voluptuosa paz el alma anegan
ilusiones divinas
que sus lampos de luz han encendido
en llanos, arboledas y colinas».

Concluye bien, y el lector, aunque algo mareado por ese olor á frutería y á puesto de verdura fresca que se respira en gran parte del poema, conviene con Shakespeare en que:

All's well that en ds wel.
«Es bueno todo lo que bien concluye!»

Terminado se halla nuestro juicio. ¿Habremos pecado de sinceros, en haber dicho la verdad que se nos salta de la boca en todos los instantes de la vida?

Sin vacilar respondemos que sí; ese es nuestro único y meritorio pecado!

Nadie está libre de que su conciencia le interrogue, á semejanza del monstruo de Tebas, despedazándole el alma. Nosotros, como Edipo, hemos salido vencedores, y la Esfinge de los escrúpulos se precipita y muere, por lo que adquirimos la merced que adquirió Octavio de la emperatriz Olympica: hablar mucho de guerras en brazos de la paz!

Los que le hayan dicho á nuestro distinguido hermano en ideales que su obra es perfecta, le han mentido, créalo, ó bien no entienden un ápice de gaya ciencia.

La crítica entre nosotros elogia ó censura demasiado. Sus extremos son antítesis. Como una esfera planetaria tiene de un lado sombra y del otro luz! Es corona ó cilicio. No tiene término medio. Es la montaña que posee la cúspide y el vórtice. Es la Cleopatra de Shakespeare, que, tan pronto estrecha á su querido para evaporarse besándolo, como le dice á un mensajero: «Caiga sobre tí maligna peste; fuera de aquí, malvado horrible!»

En este país de hipocresías é insinceridades la verdad es sólo una máscara que se desfigura el rostro y se pasea cómodamente arrojando muchas flores ó muchas piedras, que viene á ser casi lo mismo, donde la impostora publicidad es cómplice gravísima de créditos intelectuales que son verdaderas mistificaciones, porque se sigue viciosamente jugando á la mentira, en un perpetuo carnaval de lisonjas galantes ó en un campo de batalla de personalismos encarnizados!

Cábenos á nosotros ser la excepción, virtuosamente rebelde y tranquila, como se dice de Savonarola, pues, nuestra palabra tra-

duce siempre lo que decir queremos, para que, más tarde, tengamos que hacer oídos, á lo que de ninguna manera deseamos escuchar!

Nunca jamás nos preocupó la resonancia pública, pues, convencidos de nuestro justo valer sólo guardamos desprecio, indiferencia ó caridad para esos brazos de cortesana donde han hallado gloria de cascabel muchas mediocridades hidrogenadas que no han de resistir, seguramente, á la presión de las altas atmósferas de la posteridad justiciera, y que caerán algún día para no levantarse más, como Anteo ahogado por los brazos de Hércules!

El autor de «La Chacra» vale mucho y valdrá mucho más cuando deje de cantarle al bajo suelo sembrado por el hombre y se remonte á las grandes alturas donde el Rey Sembrador que es «Todo-Verso» ha colocado, en vez de semillas, estrellas, y cuyo parque azul tiene por caminos las inmensas nebulosas y las invisibles constelaciones.

¡Cante á los rumbos supremos del espíritu, al porvenir de la familia humana, á los problemas psicológicos que exigen hospedaje en los palacios de lumbre del cerebro, á la impetuosidad tumultuosa y convulsiva de las pasiones, no suceda que cuando le veamos pasear su luminoso talento por las sendas vulgares que esta vez lo han atraído, exclamemos: ¡He aquí un poeta de grandes alas que adora la Poesía en el suelo, profanándose á sí mismo! Exclamación dolorosa que encierra el mismo reproche de la de Philo á Demetrius, al contemplar á Marco Antonio enamorado de la Reina de Egipto: «Observa bien y verás una de las tres columnas del mundo convertida en bufón de una prostituta»!

Séanos permitido, pues, resumir nuestro juicio en dos palabras: «La Chacra» no es digna de ostentar el blasón de José del Busto, á quien hubiéramos preferido ver lejos del escenario utilitarista, cantando la eterna romanza de los ebrios del ideal, y repitiendo con Víctor Hugo:

« ¡ Je suis un ver de terre amoureux d'une étoile ! »

Julio Herrera y Reissig.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

RECUERDOS DE LA GUERRA

(Continuación)

El enemigo tenía conocimiento de nuestras marchas y nuestras intenciones, y obligado á aceptar el combate que buscábamos, se preparó de antemano, atrincherándose en las mejores posiciones, formando en conjunto una línea de defensa inexpugnable.

Con los datos recogidos por el oficial explorador, el jefe formuló el plan de ataque y determinó la línea de retirada convenientemente protegida y asegurada.

Dispuesta en una forma razonable, la fuerza siguió el avance hasta hallarse á unos 400 metros del enemigo, que tan pronto como nuestras fuerzas coronaron la cuchilla, rompió un fuego rápido y certero que diezmaba las filas.

Oíanse por todos lados gritos de ardor guerrero pronunciados por los que castigaban las balas, y ayes de heridos que con furiosa desesperación revolcábanse en el suelo. Algunos, serenos y resignados, alentaban á sus compañeros, diciéndoles: «No es nada; cuando el deber obliga, el sacrificio es una satisfacción para todo buen soldado. Adelante, compañeros, y redoblad vuestras fuerzas que somos muchos los que faltamos».

Mientras esto sucedía en la infantería, la caballería hacía también sus operaciones por las alas, que eran los puntos señalados para sus maniobras.

Los escuadrones cargaban en formación compacta, para retirarse luego en fracciones entre las hondonadas del terreno. Veíanse pasar en todas direcciones caballos con las riendas sueltas, á toda carrera, sin jinetes, la cola tendida y las orejas amuladas. El ruido de los disparos de fusilería había asustado á la numerosa caballada

de la infantería, que en grupos y convenientemente asegurados, se habían colocado á la altura de las reservas.

El humo de la pólvora cubría completamente el campo del combate é impedía observar con claridad el terrible drama que se desarrollaba.

(Continuará).

NOTAS DE REDACCIÓN

Al selecto grupo de colaboradores con que cuenta LA REVISTA tenemos que agregar hoy el nombre del señor Leonardo A. Bazzano, quien nos ha favorecido con el hermoso cuento «Reconquistada», trabajo que por su estilo y la brillante forma en que ha sido modelado llamará seguramente la atención de nuestros lectores.

Bazzano es director de la importante revista «América Latina», publicación que ve la luz en Buenos Aires, y su firma de escritor galano é ingenioso, figura ventajosamente en diversos periódicos literarios de esa ciudad y del resto del continente.

Agradecemos al amigo su concurso é instámosle á que nos visite con frecuencia.

UNA NOCHE EN SANTA MARÍA

En la hermosa composición de Carlos H. Matta que lleva por título el que sirve de epígrafe á estas líneas, publicada en el número 8 de nuestro periódico, se han deslizado los siguientes errores:

En la página 349, donde dice : alfombrean, debe decir, *alfombran*. En la página 350, en vez de simbrar, debe leerse *cimbrar*. Avizor, en lugar de *avisor*. En vez de rodaban, *rondaban*. Página 354, en vez de Catalópdricos, debe leerse *catatópdricos*. En la página 351, desemblado, debe leerse *desamblado*. Página 355, en donde dice, preteles, debe decir *petreles*. Al subir, á *subir*: En donde dice, eslutreecer, debe leerse *enlustreecer*.

Con muy expresiva y galante dedicatoria, hemos recibido de nuestro amigo Carlos Martínez Vigil « Apuntes de mi cartera », su nueva producción en libro, que ha venido á confirmar la idea que tenemos de la ilustración y el talento de su autor, uno de los muy pocos que se pueden llamar literatos en nuestro país, porque poseen esa individualidad de la inteligencia que caracteriza á *los que son*, á los que tienen rumbos, á los que abominan el calco, á los que lejos de vivir glosando eternamente, hacen obra de hidalgos del pensamiento y no mojigangas retóricas á imitación de esa turbonada de escritoruelos que ha caído repentinamente sobre esta pobre América entregada á la más escandalosa piratería de la literatura.

Los cien pensamientos que componen el hermoso y elegante tomito editado en el artístico taller de los señores Dornaleche y Reyes, constituyen una pieza de subido precio, pues Martínez Vigil ha derrochado gracias de lenguaje, finuras de ingenio, penetrantes ironías que se introducen sin pedir permiso, como las agujas de oro del aticismo clásico. Diserta, además, sobre la filosofía de nuestras cosas y de todo saca partido, para deleitarnos con una ocurrencia original que nos sacude haciéndonos exclamar: ¡ qué nuevo es esto! al revés de ciertos humoristas narcotizadores que regalan sueño á quien lo posee en demasía, y que confunden el burdo chascarrillo cubierto apenas por un tapa-rabo, con el sarcasmo que se hace adivinar, usando, como ciertas mujeres de extrema coquetería, un descote muy discreto!

Carlos Martínez Vigil maneja tan bien la sonda de la observación, que penetra en el revuelto océano social, llegando hasta lo más profundo de la vida, como el cincel que muerde y crea, haciendo de un bloque de sensación una escultura perfecta de lenguaje.

Apenas uno que otro pensamiento vulgar, que no sea digno de alojarse en libro de tan alta categoría, hemos afrentado con una marca de lápiz. La gran mayoría de ellos chorrean jugo cerebral y ponen de manifiesto la buena tierra en que germinan, y de donde saldrán otros frutos de igual ó más valer, que orlarán la frente del distinguido escritor, que mucho honra á nuestra literatura, como orlaban la frente de los divinos héroes de Horacio, los pámpanos simbólicos, ungidos por la diosa de la eterna fecundidad!

LA REVISTA que nosotros dirigimos, dió cabida, haciendo honor al rango de tan noble huésped, á los hermosos pensamientos que forman el libro que galantemente nos ha visitado, haciéndonos pasar uno de los mejores momentos de solaz que hemos tenido en la temporada bibliográfica de estos últimos años, y obligándonos á quedar doblemente deudores á la gentileza de un obsequio tan valioso y á las atenciones de un amigo de tanto talento.

Oscar Tiberio, uno de los jóvenes de más talento, que figuran en la falange literaria de la nueva generación argentina, ha publicado en «La Revista Literaria» de la ciudad de La Plata, el hermosísimo juicio de crítica que transcribimos en el presente número, y que como habrán visto nuestros lectores, trata de la obra de Roberto de las Carreras, titulada «Sueño de Oriente».

Oscar Tiberio es ante todo poeta y verdadero poeta. Su imaginación exuberante y sensualista parece haber sido hecha para comprender y exornar un libro esencialmente delicado, y subjetivo, que respira calideces de alcoba oriental y perfumes de invernáculo, y que produce en el espíritu del que lo lee una sensación intensa de formas, de colores y de armonías.

Tiberio divaga, sueña, se deja arrastrar por esa bayadera provocadora y coqueta que se llama fantasía y nos encanta hablándonos de misteriosas reconditeces, de secretos malignos, de pecados sublimes que él conoce y se complace en describir con ingenua perversidad de intención, dejando que sus sentidos se desperecen en el blando triclinio del placer.

Felicitemos al inteligente amigo por su hermoso trabajo, en que se revela catador de artistas que, como Roberto de las Carreras, honran á la literatura de América.
